

Revueltas juveniles en Francia: una interpretación

Julio L. Martínez

Uno de los sucesos más impactantes de la realidad europea de los últimos meses ha sido la destrucción masiva de los barrios franceses de la periferia. La interpretación del hecho desborda la capacidad de análisis de determinados enfoques, por ello merece la pena intentar una nueva interpretación que partiendo del consenso común de la existencia de una crisis múltiple, trate de sacar algunas conclusiones. El análisis permite establecer cinco afirmaciones y provoca al menos tres preguntas: la primera acerca de la determinación de los factores socioeconómicos sobre el hecho, la segunda sobre la efectividad del papel que se le asigna al sistema educativo en la socialización de las segundas generaciones de emigrantes y la tercera sobre si ha fracasado o no el modelo republicano de integración.

No cabe duda de que la urgencia del interés público hace las cosas muy complicadas para el análisis que al intelectual la sociedad le demanda. La demanda de la sociedad se plasma en las peticiones concretas que a uno le hacen de hablar o escribir sobre determinadas cuestiones, pero hay una demanda más profunda en la obligación de «hacerse cargo, encargarse y cargar con la realidad» (Ellacuría) o en entender la inteligencia como «apertura a la realidad» (tal como el maestro Julián Marías, recién fallecido, gustaba de repetir). Este responder a la realidad social se opone a «frivolar con ella».

Los últimos meses han sido especialmente intensos y sobreabundantes de sucesos muy fuertes relacionados

con la inmigración (crisis de las fronteras de Ceuta y Melilla y revueltas juveniles en las ciudades francesas), que no podemos ignorar y cuyo análisis —aunque provisional y tentativo— es preciso afrontar.

Desde luego no rehuir los problemas, para intentar decir algo significativo sobre ellos, no es lo mismo que pretender pronunciar la última —ni siquiera la penúltima— palabra sobre unos asuntos tan complejos, donde hay tantas explicaciones y donde casi cada ciudadano tiene su propia opinión con pretensiones de «teoría explicativa». La mía es una modesta contribución que tiene en cuenta los primeros análisis sobre los acontecimientos en Francia, así como los estudios sobre la inmigración en Europa y el horizonte de la reflexión ética.

Quiero pararme sobre uno de los sucesos más impactantes de nuestra realidad europea en los últimos meses: la destrucción de hace algo más de un mes en los barrios de la periferia de las más importantes ciudades francesas. Es un icono que sobrepasa las fronteras nacionales y nos habla de cosas más de fondo.

Los acontecimientos

Aunque parezca que hubiera pasado mucho tiempo, hace sólo tres

meses (concretamente fue entre octubre y noviembre de 2005), nuestros vecinos franceses vivieron varios días de estado de emergencia en las principales ciudades, siendo primera noticia en las noticias nacionales e internacionales.

Tras la muerte de dos jóvenes que se escondieron en un transformador al huir de la policía, se prendió una mecha que se llevó por delante miles los coches, decenas de escuelas, guarderías y polideportivos públicos y más de tres mil personas detenidas.

Las semanas de incendios, violencias, destrucción arrolladora y muerte han dejado al descubierto la emergencia traumática de una Francia multiétnica, multicultural, multirreligiosa, en profundo conflicto consigo misma, con sus raíces y su traumático presente; con estallidos de cólera, desesperación y zozobras varias.

El país modelo del republicanismo asimilacionista pasa por serios apuros a causa de los conflictos causados por algunos de sus ciudadanos que han decidido pasar a la acción y una acción destructiva. Aunque en los medios se habla de inmigrantes, en realidad los que están detrás de los altercados son ciudadanos franceses, eso sí muchos de ellos hijos de inmigrantes y la mayoría re-

sidentes en los barrios obreros de los suburbios de las ciudades francesas, empezando por París.

Enfoques para el análisis

Como vamos a ver, hay diferentes enfoques para interpretar lo sucedido, pero sobre una base de coincidencia prácticamente compartida por todos los que lo valoran: no estamos ante episodios intrascendentes, sino ante toda una crisis con un trasfondo importante; por primera vez queda patente que una generación nacida en Francia se siente menos integrada que la de sus padres que venían de fuera y se comporta de tal manera que es vista como más extranjera por la colectividad nacional.

Las perspectivas que, a mi entender, han adoptado los análisis inmediatos a la crisis de las revueltas se pueden resumir en tres enfoques fundamentales: el primero enfatiza los factores sociales y utiliza diferentes explicaciones que giran en torno al eje de la «exclusión social»; el segundo enfatiza los elementos morales y culturales y echa mano de la categoría «nihilismo», y el tercero los componentes étnico-religiosos. Simplificando, podríamos denominarlos: enfoque social, enfoque antropológico-moral y étnico-religioso. A esos tres, añadiré una cuarta vía que acen-

túa la relevancia de las transformaciones de la globalización a la hora de entender por qué muchas personas se sienten superfluas.

Desde cualquiera de los cuatro focos para iluminar los hechos, el diagnóstico es de crisis, de ahí que vayamos sucesivamente a hablar de

*semanas de incendios
y destrucción dejaron
al descubierto la emergencia
traumática de una Francia
multicultural en profundo
conflicto consigo misma*

crisis social, crisis antropológico-moral, crisis étnico-religiosa y crisis de globalización.

Crisis social

En un sugerente y denso artículo¹, el Catedrático de Sociología, José Vidal-Beneyto, defiende la tesis de que la crisis francesa es una enorme crisis de integración social, donde la inmigración tiene mucho que ver. Con su habitual maestría, describe la segregación subyacente a los al-

¹ J. VIDAL-BENEYTO, «Identidades de la ira», *El País*, 12 de noviembre de 2005, 6.

tercados como ejercicio de exclusión que a los jóvenes y adolescentes de los suburbios de las grandes ciudades francesas los expulsa de los grandes ámbitos de la sociedad; exclusión que es, antes que nada, económica y laboral².

Sin empleo no cabe conseguir una vivienda, fundar una familia, tener un coche. El único destino posible es el de la anormalidad, el de la inexistencia social. Tendencia difícil

*por primera vez,
una generación nacida
en Francia se siente
menos integrada que
la de sus padres
que venían de fuera*

de invertir, porque con frecuencia ni siquiera la formación basta para superar la barrera de la consonancia magrebí del apellido, o de la residencia en un suburbio conflictivo.

El tratamiento de la vida colectiva de los suburbios ha sido un conti-

² Si la tasa media de paro en Francia es hoy alrededor del 9%, en los barrios llamados públicamente «sensibles» se establece en el 30%, y para determinada categoría de jóvenes, sin diplomas y de familias obreras, supera el 50%.

nuo tejer y destejer de políticas y soluciones. En los últimos años, en el sentido de la más compacta regresión: reducción de la policía de proximidad, supresión de las ayudas a las asociaciones de barrios, abandono de las zonas de educación prioritaria creadas por Savary en 1973, abandono de los empleos para jóvenes, disminución de los mediadores sociales.

La exclusión política, presente en el abandono de las barriadas por parte de la clase política y sindical que ha renunciado a su integración ciudadana, agrava la situación de escasisísima incorporación de sus habitantes a las instituciones políticas y administrativas —en el Parlamento francés, los Consejos Regionales, los municipios, la policía, los órganos sindicales, los transportes colectivos, la enseñanza, los centros sociales, etc.—. Así las cosas, no debe extrañar que las consideren como absolutamente ajenas, cuando no hostiles, simples soportes de una caridad que contribuye a mantenerlos aparte.

En este escenario, la escuela es incapaz de neutralizar la conciencia de tanto rechazo y, por causa del fracaso escolar, radicaliza la experiencia de su humillante diferencia. Y cuando los adolescentes/jóvenes intentan afirmarse colectivamente, se les tacha, por parte de los portavoces de

los valores republicanos, de comunitaristas, y la reivindicación de su especificidad religiosa (en el caso de los musulmanes) no logra derivarse de la sospecha terrorista.

Querer reducir la complejidad de esta situación a un problema de orden público y seguridad es ridículo y, a todas luces, contraproducente.

Sami Naïr ³, profesor de Ciencias Políticas en la Universidad París VIII, en un artículo titulado «Las llamas francesas», dice que los violentos sucesos ocurridos en Francia durante las últimas semanas no son producto de la ciega locura de unos cuantos gamberros perdidos y decididos a quemar su vida por completo. Tampoco son el resultado de una conspiración partidista: no hay una organización, ni una religión, ni una ideología detrás de estas ciudades en llamas. Sólo hay una cólera espontánea; una desesperación convertida en violencia callejera.

Lo que está sucediendo hoy en Francia era previsible. Es el fruto envenenado de 30 años de abandono social y de los tres últimos años de provocaciones demagógicas contra la población de los barrios periféricos. La derecha y la izquierda com-

parten con la misma irresponsabilidad la responsabilidad del desastre.

Nada tiene que ver con la inmigración, las diferencias religiosas, ni la delincuencia. Se trata de fisuras en la cohesión de Francia, un modelo de integración cultural dañado, los fracasos en cadena de la República.

Naïr propone atacar de raíz los problemas, empezando por hacer que todos puedan acceder a la ciudadanía social, para lo cual es precisa una firme estrategia de integración a través de la educación, el empleo y la diversificación urbana.

Esas tareas se vuelven muy difíciles porque el Estado ha capitulado ante los poderes económicos que desprecian la dimensión social y auspician una privatización generalizada que fomenta la guerra de todos contra todos y atiza todos los odios de la identidad.

El Estado tiene que recuperar las riendas, no sólo restableciendo su autoridad en todo el territorio sino asumiendo sus obligaciones en materia de cohesión social colectiva. En definitiva, sentencia que en Francia no puede haber Nación, no puede haber República, si no hay un Estado que aglutine todo el conjunto al servicio de una solidaridad común y ciudadana.

³ S. NAÏR, «Las llamas francesas», *El País*, 12 de noviembre de 2005, 17.

Laurent Bonelli, investigador social de la Universidad París X-Nanterre, cree que antes de describir la crisis como preludio del hundimiento de la sociedad francesa bajo los golpes de aquellos que se presentan alternativamente como «jauría de lobos», «enemigos de nuestro mundo» o como «vanguardia de un subproletariado poscolonial», o de insistir en generalidades que responden a intereses políticos y sociales como las que hablan del fin del «modelo francés», el «desarrollo de una sociedad paralela situada al margen de las leyes de la República» o en la «crisis del civismo», hay que analizar la crisis según los preceptos básicos del análisis de la acción colectiva.

A juicio de Bonelli estamos ante una crisis profundamente social: una crisis de medios populares profundamente afectados por las consecuencias de la crisis económica y las transformaciones derivadas del tránsito a un modelo posfordista de producción; la frustración de las esperanzas de transformar las jerarquías sociales que ha alimentado el sistema de escolarización masiva y sus disfunciones de abandono escolar, entre otras; los efectos de las políticas urbanas de los últimos veinte años que, sin convertir en guetos a un cierto número de barrios periféricos, han concentrado en ellos a familias numerosas, a menudo des-

arraigadas y en situaciones de vulnerabilidad social alta; el declive de las formas colectivas de organización de los sectores populares (sindicatos, partidos políticos) y la competitividad creciente en su seno (franceses-extranjeros, obreros fijos-trabajadores temporales, etc.).

Además, este analista añade como causa muy importante de lo acontecido la evolución de las estrategias policiales, que se van progresivamente convirtiendo en fuerzas de intervención (nutridas por jóvenes policías sin experiencia y en gran medida provenientes de medios no urbanos) más que de investigación o de proximidad. El objetivo es luchar contra la delincuencia para evitar la inseguridad. Lo que ha acabado pasando es que se ha dado un deterioro de las relaciones entre la institución policial y los grupos de jóvenes de los barrios periféricos. Este autor apunta incluso a la «rivalidad mimética» entre policía y grupos de jóvenes.

El recurso a una violencia incendiaria, alimentada por años de degradación social, económica y de endurecimiento del control, encontró resortes para desplegarse en el discurso radical del ministro del interior y en la caja de resonancia que constituyeron los medios de comunicación, sobre todo la televisión.

Crisis antropológico-moral

Otra vía de análisis apunta a la crisis de integración moral, es decir, de integración de valores y principios cívicos y humanos, una crisis de nihilismo —no creer en nada y realizarse en la destrucción— como forma extrema de relativismo —sea en lo moral o en lo político.

El filósofo francés André Glucksman ⁴, autor de «El discurso del odio», es el principal valedor de esta línea de interpretación según la cual la crisis actual en los suburbios franceses es una forma propia del nihilismo —no creer en nada y realizarse en la destrucción— que no afecta sólo a los jóvenes incendiarios, sino a diferentes niveles de la escala social francesa.

La lógica subyacente es la de la ley del fuerte, pero con una fuerza fundada en la destrucción del vecino. Según Glucksman, tal es la actitud de Jacques Chirac respecto a la UE cuando le dice a los nuevos diez miembros que sólo tienen derecho a callarse: les niega el derecho a la libertad de palabra y amenaza la existencia misma de la Unión. Es el comportamiento del Presidente

francés cuando defiende a su manera la política agraria común, amenazando con bloquear las negociaciones comerciales multilaterales, o cuando defiende, caiga quien caiga, las subvenciones a la agricultura francesa.

*la escuela es incapaz
de neutralizar la conciencia
de tanto rechazo; y por causa
del fracaso escolar,
radicaliza la experiencia
de su humillante experiencia*

Ahora bien, el caso Chirac es un reflejo del problema general de Francia: afirmación nacional destruyendo. Mitterrand, a su manera, hacía lo mismo y los que se oponen a Chirac ponen en marcha los mismos reflejos. Los partidos por el no a la Constitución europea vienen a expresar con sus protestas contra una Unión de veinticinco miembros: ¿Qué nos importan los países del Este?

Francia se ha convertido en la capital del nihilismo destructor europeo. Es nihilismo de las elites, nihilismo de los sindicatos, nihilismo de ciertos sectores sociales. Nihilismo de quien dice: puedo destruirlo todo, si no se accede a mis peticiones.

⁴ Sobre su análisis de la crisis en Francia se puede ver una larga entrevista a Glucksman publicada en: ABC, 13 de noviembre de 2005, 10-12.

Es muy parecido, según Glucksmann, al nihilismo de los incendiarios: «Yo soy, puesto que incendio»; «yo soy, puesto que destruyo». Es la misma mentalidad de quien se afirma diciendo: «Soy fuerte, puesto que soy capaz de hacer daño». La lógica del odio como motor de la historia.

Lo esencial, para vencer el círculo vicioso del nihilismo, es restablecer el concepto de identidad y responsabilidad individual.

Por un lado, la identidad se restablece haciendo distinciones claras y terminantes entre los jóvenes que destruyen y los que viven y trabajan pacífica, honesta y solidariamente: «la escoria de los incendiarios no tiene nada que ver con la pobreza de gentes honradas». Por otro, la responsabilidad humana de prender fuego a todo, incluidas personas, es una responsabilidad atroz, que debemos denunciar y no hay que dejar de condenar. Lo más trágico de los comentarios actuales es evitar la condena de la responsabilidad individual difuminándola en los conceptos abstractos de la inmigración. Este discurso es muy útil para los incendiarios.

El afamado filósofo francés considera que la lógica del odio no tiene nada que ver con la inmigración ni con el Islam, tiene que ver con el ni-

hilismo autodestructor de Francia que dice no a todo, comenzando por Europa.

Por suerte, no todo se reduce a nihilismo autodestructor: hay otra Francia solidaria, positiva, capaz de construir.

José Antonio Zarzalejos⁵, director del *ABC*, ensaya la extensión del argumentario de Glucksmann con unos interesantes y nada ingenuos matices. Lo primero que merece su atención es que los sucesos de Francia, como otros episodios trágicos de parecido signo, si no alcanzan un buen diagnóstico, previo a una correcta solución, amenazan con resquebrajar, más de lo que está, la comunidad de valores occidental que Europa comparte con América, y en particular con Estados Unidos. El primer matiz es triba en explicitar la comunión civilizadora europea-norteamericana, insinuando de paso la falta de comunión o conflicto con otros modelos de sociedad.

En línea con Glucksman, continúa diciendo que el nihilismo suele ser terreno abonado para los constructores del odio: de un lado para la xenofobia que, articulada políticamente en los países occidentales,

⁵ J. A. ZARZALEJOS, «La revolución nihilista», *ABC*, 13 de noviembre de 2005, 3.

desequilibra el sistema democrático y lo encanalla, negando todos y cada uno de los valores que dice proteger.

De otro, para el radicalismo islamista que extirpa en los inmigrantes cualquier sentimiento de pertenencia y ciudadanía en los Estados receptores y convierte en enemigos a los vecinos. Se nos comienza a avisar que hay un islamismo revolucionario infiltrado en las segundas y terceras generaciones de inmigrantes en Europa que, si logra articularse en el espacio libre que deja el nihilismo, podría poner en jaque los mecanismos de nuestra convivencia.

La única defensa frente a ambas amenazas es la sustitución del vacío nihilista, que encauza también el discurso del odio, por un contenido puramente afirmativo de creencias cívicas que no se relativicen en función de circunstancias y tactismos.

Crisis étnico-religiosa

En la clave de desconfianza hacia los valores de la religión islámica, y con un tono muy rotundo se ha expresado el polémico filósofo A. Finkielkraut. Él es uno de los pocos que ha declarado públicamente que se trata de revueltas de carácter étnico-religioso en las cuales el pro-

blema se llama Islam y su incapacidad para generar convivencia pluralista y democrática. Según el análisis que hacen los neoconservadores de esta crisis, no es el modelo social francés el que está en tela de juicio, sino la presencia musulmana en Europa, y, con mayor precisión, en Francia.

*es precisa una firme
estrategia de integración
a través de la educación,
el empleo y la diversificación
urbana*

Una extensa entrevista que el «filósofo» francés Alain Finkielkraut concedió al diario israelí *Ha'aretz* se ha convertido en el mejor exponente del discurso que, sin complejos, afirma que las revueltas son la obra de los musulmanes que rechazan la República, utilizan a los niños para lograr sus fines, están en guerra con «Occidente» y se apoyan en un mensaje de odio que descansa en el mito de la colonización-explotación que Francia hizo de África. En esta línea, Finkielkraut alaba los objetivos educativos de la colonización y fustiga a las organizaciones y personalidades que desean que Francia enfrente finalmente sus crímenes pasados.

Su conclusión no deja margen a la duda: los jóvenes que se quejan de la situación económica y no se sienten franceses no tienen más que volverse a los países de donde vienen, porque nadie les retiene en Francia. El Ministro del Interior ha definido a Finkelkraut como «intelectual que hace honor a la inteligencia francesa».

*el Estado tiene que
recuperar las riendas,
no sólo restableciendo
su autoridad en todo
el territorio, sino también
asumiendo sus obligaciones
en materia de cohesión
social colectiva*

En la entrevista dice que sólo puede expresarse como lo hace en Israel y que sería censurado en Francia. Los críticos de Finkelkraut creen que minimizó la complacencia de los medios de comunicación franceses con relación a su persona y a este tipo de discurso, si es que no proviene directamente de la extrema derecha lepenista. Acaso afirmar que «esto no se puede decir en Francia» significa que no se puede decir como él lo hizo, pero la ideología que transmite encuentra lugar en los medios de comunicación franceses.

Esta manera de presentar los disturbios como si se tratara de una batalla urbana que opone «Occidente» al Islam ha gozado de gran popularidad en Estados Unidos. Recién comenzados los actos de violencia, el analista neoconservador Edward Morrissey tituló su artículo sobre el incendio de automóviles «Falluja-Sur-Seine?». Para el *Weekly Standard* donde apareció el artículo, Faluya representa una insurrección «yihadista» vinculada a Al Qaeda que el ejército estadounidense se vio obligado a reprimir.

En *Frontpage Magazine*, al autor de *best sellers* antimusulmanes y director de *Jihad Watch*, Robert Spencer, comenta y alaba las palabras de su colega Oriana Fallaci. No vacila en afirmar que los «inmigrados» musulmanes pueden compararse con un nuevo ejército musulmán que desea conquistar Europa por medio de su superioridad numérica e imponer la *sharia* en este continente. Asegura que el Islam es un totalitarismo comparable al nazismo y que el Corán puede compararse con *Mein Kampf*.

El ex asesor de Ronald Reagan, Jack Wheeler, da muestras de un racismo indisimulado, al asegurar que los revoltosos son musulmanes iletrados, criminales, que no se integran y que quieren, aprovechando su número, transformar la identi-

dad francesa (cristiana y europea) en una identidad musulmana. Considera que el único capaz de hacer aún algo para salvar la situación es Nicolas Sarkozy.

Crisis de globalización

El sociólogo alemán Ulrich Beck⁶ considera que para localizar las causas de lo que ha sucedido en Francia no sirven conceptos en principio inquestionables de «desempleo», «pobreza» y «jóvenes inmigrantes». La pregunta clave es qué ocurre con los que quedan excluidos del maravilloso nuevo mundo de la globalización.

El caso es que los nuevos ricos de la globalización ya no necesitan a los pobres, por eso los jóvenes franceses son inmigrantes africanos o árabes que soportan, además de pobreza y desempleo, una vida sin horizontes en los suburbios de las grandes ciudades. Su situación tiene una característica principal: ya no son necesarios. La «poca utilidad» que les queda es que se mueven por el odio y por una violencia sin sentido.

La gran paradoja estriba en que una escasa integración de la gene-

ración de los padres desactiva los problemas y conflictos, y una buena integración de la generación de los hijos los agrava. Es decir: no se trata de jóvenes inmigrantes no asimilados que siguen anclados en su cultura de origen. Al contrario, se trata de jóvenes con pasaporte francés, que hablan perfectamente el francés y que han pasado por el sistema escolar francés, pero a los cuales la sociedad francesa de la igualdad ha marginado en guetos «superfluos» en la periferia de las grandes ciudades.

Esto explica —a juicio de Beck— que los jóvenes no reclamen trabajo, aunque no lo tengan, sino reivin- diquen dignidad, derechos humanos y marginación.

Cinco afirmaciones

A la vista de las interpretaciones anteriores, comenzaré por cinco afirmaciones:

Las revueltas de octubre–noviembre de 2005 no son una sorpresa ni una novedad, aunque sí han durado más tiempo y han afectado a más ciudades que otras revueltas de años precedentes.

Además han sido objeto de una cobertura mediática sin precedentes: el tratamiento de la información so-

⁶ U. BECK, «La revuelta de los superfluos», *El País*, 27 de noviembre de 2005.

bre la crisis sincronizó, homogeneizó y difundió un repertorio de acciones violentas, acreditando así la ficción de que se trataba de un movimiento nacional.

Las revueltas no han sido preparadas ni llevadas a cabo por grupos estructurados con conexiones transnacionales. Sobre todo conviene aclarar que nada tuvieron que ver con los islamistas; muy pocos están implicados en ellas y no de forma organizada ni con dependencias internacionales.

No se trata de violencias consumadas por inmigrantes, aunque muchos de los implicados sean hijos de la inmigración, la mayor parte de ellos de nacionalidad francesa. Estamos ante la cuestión de la integración de la segunda generación (de inmigrantes), nombre que ya de por sí cabe interpretar como estigma hereditario creado por el utilitarismo migratorio.

Las revueltas tienen todo que ver con las nuevas condiciones sociales del mundo en la globalización, por más que sean sucesos localizados en barrios determinados de tipo gueto.

Tres preguntas

Las afirmaciones anteriores me llevan a hacer algunas preguntas:

La primera tendría que ver con la determinación de los factores socio-económicos.

La situación en Francia es de altas tasas de paro en una población que ya no es inmigrante sino nacida en el país y que, por tanto, ya no puede engrosar las filas de la economía sumergida ni ajustarse a los patrones de la etnoestratificación. En teoría disfrutaban de todos los derechos, pero en la práctica pueden incluso tener menos oportunidades laborales que los inmigrantes recién llegados.

El ideal de integración oculta una discriminación práctica para los hijos de la inmigración: discriminación en empleo, vivienda, educación, ocio. Se dice que hoy, si un joven que contesta a una oferta de empleo tiene su domicilio en un «barrio difícil» o tiene nombre árabe o proviene de una red escolar que no se juzga noble, no tiene en la práctica ninguna posibilidad de ser empleado. Como es difícil aportar la prueba y la ley no se aplica, la situación perdura.

Las minorías provenientes de la inmigración son invitadas a integrarse, al tiempo que se les recuerda constantemente su condición de inferioridad. Es lo que algunos llaman el «mandamiento paradójico», es decir, la distorsión estructural y permanente entre lo real (segregación,

discriminaciones, exclusión) y el imaginario (igualdad de derechos y de oportunidades). Es lo que hace que la integración republicana funcione como un discurso vacío de contenido que se añade a las injusticias.

Frente a la idea de que los factores generadores de exclusión ya no deberían afectar específicamente a los hijos de inmigrantes, lo que encontramos en realidad es que los jóvenes de las segundas y terceras generaciones continúan atrapados en una dinámica de exclusión social si cabe más sutil y compleja que la que afecta a los inmigrantes de la primera.

Al ser ciudadanos franceses por tener la nacionalidad, si cabe aún, se ven inmersos en una dinámica más perversa y más difícil de superar. El buen acomodo de sus mayores a las precarias y duras condiciones de empleo, se vuelve en ellos rabia e ira susceptible de explosiones violentas. Como se ha dicho, frente a la aceptación de sus mayores, las suyas son «identidades de la ira».

La **segunda** pregunta tiene que ver con el papel que se le asigna al sistema educativo en la socialización de las segundas generaciones. Con frecuencia ni siquiera la formación basta para superar la barrera de la consonancia magrebí del apellido, o

de la residencia en un suburbio conflictivo. Los resultados de segundas y terceras generaciones que han pasado por la escuela son muy preocupantes: pocos hijos de inmigrantes consiguen completar los niveles educativos postobligatorios no universitarios y la escuela parece funcionar como un grifo que go-

*la policía, de fuerza
de investigación
y proximidad, se ha
convertido progresivamente
en fuerza de intervención*

tea, donde de cuando en cuando hay un gran éxito para los alumnos inmigrantes, mientras que el resto se inserta, sin completar sus estudios secundarios, en un mercado laboral que poco se diferencia de aquel en el que estuvieron o están sus padres.

Los jóvenes ponen en marcha mecanismos de autoprotección que muchas veces conducen a reivindicaciones de su origen étnico, en el mejor de los casos formando parte de movimientos juveniles que asumen una identidad étnica específica o regresando a prácticas religiosas que estaban olvidadas o relajadas en su ámbito familiar. En el peor de

los casos se deslizan hacia el fanatismo y la destrucción. Otras veces se fracasa con esta segunda generación porque las políticas no llegan a muchas familias que mantienen su espacio familiar y cultural cerrado a cal y canto. Encontramos así jóvenes, especialmente mujeres, que siguen sometidas a prácticas culturales desterradas incluso por las leyes

*lo esencial, para vencer
el círculo vicioso del
nihilismo, es restablecer
el concepto de identidad
y responsabilidad individual*

de sus países de origen, como es el caso de los matrimonios concertados, del repudio ante la pérdida de la virginidad, del retiro de la escuela de jóvenes a partir de una determinada edad, etc.

El sistema educativo tiene parte de responsabilidad en este fracaso, pero en todo caso como parte del sistema social en el que la escuela existe y actúa. No debemos silenciar el hecho evidente de que la escuela puede tener sus manos muy atadas si las políticas sociales no se aplican o se aplican a determinados grupos o con discriminación, o si los centros carecen de autonomía suficiente para distribuir los recursos públi-

cos según las singulares necesidades de cada uno. Tampoco conviene olvidar que la escuela no puede sustituir a las familias y demás instancias de socialización primaria. Por más que uno se empeñe en que la escuela asuma todas las competencias de la formación de las personas, y como es de todo punto imposible que lo haga, el fracaso será cierto e inevitable.

A las siempre vigentes preguntas que nos hacemos sobre la educación, sus fines, los valores que debe transmitir, y las reformas y contrarreformas necesarias; al debate permanente sobre hasta dónde llega la responsabilidad de la escuela en las situaciones de profunda desigualdad de todo orden que afectan a grandes grupos de población y cuál es su papel para no agravar desigualdades escolares que no se originan en el sistema educativo, pero que pueden acrecentarse en éste, se añaden hoy muchas y nuevas preguntas que es importante plantear con acierto. Algunas pueden ser del siguiente tenor: ¿Cómo tiene que trabajar esta complejidad la escuela? ¿Qué instrumentos tiene y debe conservar y cuáles están obsoletos y debe eliminar? ¿Qué puede aportar la escuela para la vida adulta de esta población hoy joven, pensando en su inserción social y especialmente en el mercado laboral? ¿Qué mecanismos debe poner en juego

para que los jóvenes no abandonen prematuramente el sistema educativo para ocupar puestos no cualificados, reproduciendo la situación laboral de sus padres? ¿Cómo evitar concentraciones desmesuradas y a todas luces perjudiciales de alumnado con necesidades de compensación educativa?

La **tercera** pregunta tendría que ver con el fracaso del modelo republicano de asimilación.

En el caso de Francia no podemos dejar de situar el argumento social en el horizonte del modelo de asimilación o integración republicana: junto a la tecla de la exclusión socioeconómica y del fracaso escolar no debemos dejar de lado la cuestión del modelo de integración francés cuyos elementos no son sólo de índole social. Me refiero a la alusión al fracaso del modelo de asimilación.

Con frecuencia se habla del modelo francés de integración contraponiéndolo al inglés. El así llamado modelo francés viene caracterizado por el ideal republicano de ciudadanía según el cual todos los franceses son iguales en el espacio público sin que las normales diferencias que distinguen a unos de otros ciudadanos sean relevantes ni efectivas fuera de la vida privada. Ni diferencias de carácter religioso ni

étnico ni cultural ni de clase social deben tener efectos en el ámbito público (espacio de igualdad), que es el republicano. El crisol republicano haría idénticos ciudadanos franceses a todas las personas llegadas de donde fuera y con la religión y cultura que tuvieran.

Con lo dicho no extrañará que añadamos que el republicanismo francés tiene un carácter claramente asimilacionista. Esto significa que el proceso de integración de los que se incorporan a la sociedad francesa se concibe como una marcha hacia la plena asimilación de los usos y prácticas del país de acogida, con el abandono de sus propias y particulares raíces. Por utilizar una metáfora, el pez grande se come al pequeño y lo digiere. Si el pequeño quiere evitarlo, no tiene más remedio que salir corriendo del territorio que el pez grande considera su casa. Por otra parte conviene evitar una indigestión por lo que resulta fácil comprender la obsesión con el número de los «extraños».

Al relegar a la esfera privada todo lo que tenga que ver con la religión, tenemos el Estado laico/laicista francés —diferente del Estado no confesional—. La Ley de la Prohibición de los símbolos religiosos en la escuela pública sólo puede ser entendida desde ese marco de laicidad/laicismo. Una mujer musul-

mana no puede ir al centro educativo con el velo prescrito por sus costumbres porque eso se interpreta como una conducta en contra del ideal republicano de la privacidad de la religión. Además, desde 2003, la ley lo penaliza.

Al desalojar de la vida pública lo distintivo de las regiones francesas y las modalidades de la lengua francesa, encontramos el ideal republicano de rechazo constitucional a la posibilidad de que las minorías regionales tengan reconocimiento público.

Por lo que atañe a la inmigración, el republicanismo comporta que los que quieran integrarse en Francia tendrán que renunciar a invocar en público su sentido de pertenencia a otro país o cultura. Las diferencias de origen tendrán que esconderse en casa o mostrarse sólo como folklore; no podrán expresarse, por ejemplo, en forma de asociacionismo sindical o político por colectivos étnicos.

Ante la crisis que analizamos, se puede hablar de discriminación en la sociedad francesa ante el fracaso del modelo republicano de asimilación, como si se hubiera estropeado el ascensor social⁷: el inmigrante

italiano, español o portugués, e incluso los argelinos antes de la II Guerra Mundial, llegaban como obreros y sus hijos conseguían ser maestros y sus nietos catedráticos de universidad, por decirlo de alguna manera. La crisis actual afecta a los hijos y a los nietos de la inmigración, que son franceses. En la Asamblea Nacional no hay ni un solo diputado de origen magrebí o de piel oscura a excepción de los tres de los territorios del Caribe. Y un solo musulmán, el representante de Mayotte, en el Índico.

De algún modo podríamos decir que el discurso político francés tiene miedo a todo comunitarismo de diferencia étnica, cultural o religiosa en la vida pública y busca defenderse de ellas, para no tener que ver que también hay un «comunitarismo» de naturaleza socioeconómica que socava y fractura la sociedad.

Una convicción

Mi convicción es que existe una complementariedad entre el enfoque social y el enfoque antropológico moral a la hora de tratar de dar una explicación.

En la crisis de los suburbios franceses parece bastante claro que los factores sociales han necesitado de un ingrediente que la haga explosi-

⁷ M. VALLS, «Pagamos 30 años de segregación social, territorial y étnica», *El País*, 5 de noviembre de 2005, 9.

va, y ahí es donde entran en escena los elementos que hemos llamado antropológicos, éticos y psicológicos, que en realidad hablan de falta de bases sociales de respeto donde se asienta la posibilidad del auto-respeto; gritan sobre la falta de oportunidades vitales, la humillación, la sospecha, el miedo, la vergüenza o la descalificación... a que en pleno proceso de formación de su personalidad se ven expuestos. Tal vez no hay nada más dañino para una persona que sentirse inútil o superfluo.

En este sentido, los comportamientos de falta de respeto a sí mismos son, antes que cualquier otra interpretación, la contrapartida de la falta de respeto permanente de la que son víctimas; y pueden expresarse en la forma paradójica de abonar aún más el estigma que recae sobre ellos. Por ejemplo, al ser tratado de «escoria» siente que, para defenderse, sólo les queda confirmar con sus acciones destructivas que, en efecto, son despreciables, pero que destruyendo existen y adquieren protagonismo.

Hay una laguna significativa en el conjunto de los análisis que he tenido la oportunidad de consultar: la falta de las narraciones directas por parte de los jóvenes y adolescentes implicados en las revueltas sobre lo que piensan y sienten. Siempre ha-

blamos sobre ellos y sus comportamientos, pero raramente dejamos que hablen ellos sobre sí mismos y lo que pasa por sus cabezas y corazones.

Asimismo, quiero decir que me parece claramente racista la explicación étnico-religiosa del fenómeno. Esta perspectiva rechaza explícita-

*estas revueltas tienen
mucho que ver con las
nuevas condiciones sociales
del mundo en la globalización*

mente la consideración de cualquier consideración de factores sociales y no acepta ninguna crítica que apunte a la marginación social de las segundas generaciones de inmigrantes. Desde ahí se puede decir algo tan duro como «que se vuelvan a sus países si no están contentos en Francia». Ni que decir tiene, el pensamiento racista de fondo tiene el sonido siguiente: que conozcan la miseria y la falta de libertad de los países de los que vinieron sus padres, y los comparen con lo que tienen en la República francesa.

Así como me atrevo a calificar de racista ese tipo de exabruptos contra los musulmanes, también quiero decir que, siendo el análisis de

las condiciones sociales que están detrás de las revueltas de todo punto imprescindible, no es incompatible con el análisis ético–antropológico. Es cierto que la lectura ética–antropológica, cuando minimiza la importancia de lo socio-económico, se acerca peligrosamente al enfoque etnicista. Ahora bien, creo que sin este segundo horizonte de aná-

*hoy difícilmente
se puede dejar de lado
la dimensión cultural
de lo social cuando
se trata de promover
la justicia*

lisis antropológico queda pobre e incompleto el social. El *quid* está en cómo combinar lo axiológico con lo social–estructural. De hecho hoy difícilmente se puede dejar de lado la dimensión cultural de lo social cuando se trata de promover la justicia.

Merece la pena señalar que el problema de la pobreza o de la exclusión social no tiene que ocultar la importancia capital que poseen las cuestiones del reconocimiento y la identidad. Francia es su nación, pero no les reconoce, no les hace sitio a la mesa, no los convoca a la activa

participación en el espacio público. La juventud de los barrios en cuestión «no consigue que su palabra sea escuchada en el espacio político. Peor: cuando trata de expresarse y afirmarse de otra forma, se vuelve contra ella. Su pasión por el *rap* es tratada con temor y condescendencia. Su afirmación identitaria es acusada de ser una forma de comunitarismo que amenaza la unicidad de la República. Su afirmación religiosa es criminalizada en nombre del miedo al terrorismo o de la libertad de las mujeres»⁸.

Acaso la conjunción de ambos focos de análisis tiene que ver con la imposibilidad misma de saber —e incluso de plantear— lo que constituye el bien social, cuando lo único que se valora es, en realidad, la afirmación de un interés particular que busca imponerse sobre cualquier pretensión de bien común. Cuando se combinan la pérdida de confianza en nuestra capacidad para conocer cómo deben ser los contornos de una sociedad humana, por un lado, y, por el otro, el impulso moderno por controlarlo todo, entonces la acción es cuestión de «cómo controlo mejor para servir a mis propios intereses». Y en el controlar puede entrar perfectamente el incendiar,

⁸ Así se expresaban D. LOPY-RONNIE y L. MUCCHIELLI en el diario *Libération*, 9 de noviembre de 2005.

destruir y matar como medios para el fin pretendido.

Ante las experiencias que expresan odio, violencia, destrucción/auto-destrucción o muerte (expresiones del siempre presente «problema del mal»), el esfuerzo por comprender lo que pasa es una expresión del deseo de no abandonarse a un distanciamiento irónico como estrategia de supervivencia que se conforma con «cambiar de tema», si alguien insiste en preguntar por el fondo del asunto. Y esto aunque las cosas cada día se pongan más complicadas.

Se me antoja que algo muy importante es tener buenas fuentes de alimentación para no desfallecer, a pesar de todos los pesares, en el análisis de la realidad y en la aspiración

a la justicia y la solidaridad. Desde luego que no hay una única fuente para ello, pero por mi parte quiero agradecer que la virtud teologal de la esperanza cristiana —encarnada y escatológica— me anime a mí y a mucha gente a reconocer que, en su libertad y por su bondad, Dios está de algún real y misterioso modo implicado en nuestra historia humana, pues nada de lo nuestro ha querido que le sea ajeno.

La esperanza es como un ancla que hace sentir internamente firmeza y ansias de justicia en medio de tantas contradicciones y dinamismos de muerte que también imperan dentro de un mundo en tanta diversidad y complejidad, con grandes y preciosas promesas e innumerables y trágicas traiciones. ■



Pilar de la Fuente:
«El ángel del Señor anunció a María» (serie-3),
Trabajo a plumilla, 30 × 21